

Pichin®

Lucha Astral

El Tomate Parlanchín

La tardanza se prolongaba, se hacía más espesa por momentos y no auguraba nada bueno, su futuro estaba en manos de las sacerdotisas un grupo de mujeres fanáticas y adoctrinadas en unas creencias ancestrales.

Pichin y 2200 seguían a la espera en la plataforma donde les ordenaron permanecer, que daba acceso a la entrada, a sus espaldas estaba la antesala del secreto y oculto hangar donde se guardaban las tres pequeñas naves espaciales.

Una exaltada algarabía se escuchó al tiempo que la Reina, con las sacerdotisas más beligerantes en cabeza, seguida de un amplio núcleo de mujeres con diferentes rangos, fueron apareciendo por la escalera que daba al interior de la plataforma, hasta el punto de tapar todas las salidas.



Pichin y 2200 retrocedieron lentamente, de espaldas, hacia la sala de las pequeñas naves, se pararon cuando lo hicieron la turba de soliviantadas sacerdotisas.

Dando unos pasos al frente la Reina les mostró una especie de plano, que portaba en la mano, al tiempo que lo extendía, se trataba de un vetusto y deslucido mapa con dibujos y líneas en color, diciendo:

- Pichin, acordar consejo mostrar camino para que tu salir de las tierras de Atimon, a través de montañas.

Mientras hablaba con tono pausado y rostro impasible, mostraba un cierto y aparente fatalismo impuesto por la situación.

Esta actitud se contraponía con la impaciencia, nerviosismo, ojos saltones y susurros de las sacerdotisas que la rodeaban, a excepción de las dos más cercanas, que trataban de arropar a su Reina, esta, con la mirada baja, pasaba lentamente su dedo índice sobre las líneas de aquel arcaico plano que parecía sacado de un lugar secreto, quizá olvidado en el tiempo.

Altivo, tratado de mostrar energía y entereza, Pichin que había comprendido las intenciones claramente, y sabiendo que solo se estaba refiriendo a él, interrumpió con un alarido.

- ¿Qué pasara con 2200? ¿Viene también conmigo?

La Reina se quedó en silencio, levantó la mirada, y no hicieron falta más explicaciones, la velada y húmeda visión en sus pupilas dejó claro, sin género de dudas, que su amigo sería retenido y quizá encarcelado.

En su mente apareció, como en una secuencia, lo trágico de los acontecimientos que estaban por producirse, 2200 sería apresado o muerto, a él lo dejarían solo por una ruta desconocida, expulsado de la isla, no sabía cómo pero se temía que bajo unas condiciones precarias y peligrosas abandonado a su suerte. La situación se complicaba por instantes.

Una vez más reflexionó, sobre los acontecimientos y aventuras que estaba conociendo en los últimos años dentro del mundo humano, la dureza de unas vidas en constante lucha entre castas y rangos, la rivalidad social con sus miedos y fobias, también sobre el matriarcado dominante de Atimon, que no era justo, los fanatismos

y los tabús ejercían su maligno sobre los hombres y mujeres de la Tierra.

Pichin, sin pensarlo más, tomó la única alternativa posible, tanteó con la mano su bolsa para asegurarse que la tenía en su cinto, notó el diminuto volumen de las dos pepitas que le quedaban, girando sobre sí mismo y con gran agilidad se escabulló, corrió hacia la nave estacionada y sorteó la más cercana hasta encaramarse sobre la del centro, al tiempo que gritaba a 2200 que le siguiera.

Realmente con una velocidad de la que él mismo se sorprendió, y ante el desconcierto de todos, se encontró dentro de la pequeña nave, 2200 llegaba desencajado por el otro lado entrando de cabeza y gritando.

- ¡Salva... me...! Salir... rápido.

Ya tenía Pichin el requisito de la "petición" exigida para que tuviera efecto el conjuro de las pepitas, solo le faltaba frotar una de ellas sobre el tablero de mando y pedir escapar con su amigo de aquella espantosa situación.

El choque de las supuestas fuerzas sobrenaturales entre el poder ancestral, insólito y oculto de aquella civilización perdida, y la fortaleza prodigiosa que envolvía a las Nereidas, que él tanto y tan bien podía confirmar, parecía inevitable el enfrentamiento entre dos mundos olvidados entregados a los secretos del cosmos repleto de potentes y desconocidas fuentes de energía.

De repente sonaron los motores con inusitada fuerza, sentado ante el tablero de mandos siguió el parpadeo de algunas luces intermitentes que se sucedían, tras apretar y apagar unas, se encendían otras en una secuencia en cadena, la nave se elevó en vertical produciendo un estrepitoso ruido al chocar contra el techo de la bóveda,



la nave aguantó el impacto y empezó a elevarse a gran velocidad.

Un boquete parecido al cráter de un volcán, quedaba bajo de ellos sobre la superficie de la gran nave o nave nodriza enterrada y oculta con una fina capa de arena y matorral vegetal.

Los oídos les zumbaban con fuerza, 2200 seguía con la cabeza boca abajo, ambos entraron en un estado de semiinconsciencia mientras la nave continuaba su trayectoria de elevación.

De pronto unas turbulencias agitaron la nave que parecía se iba a desintegrar, se balanceaban como mecidos en el firmamento, parecía que diferentes fuerzas o voluntades se disputaban la propiedad de aquella pequeña nave que surcaba cielos de distintos colores: azules, rojizos y violetas, en trayectoria de tirabuzón rotativo a veces, vuelos planos en otras ocasiones, que perplejo, asustado y desorientado Pichin podía observar a través del frente traslúcido de la misma.

La deriva era total y no cesaba, ¿Cuál sería el final?... que tampoco se planteaba, realmente lo que intentaba era dominar el rumbo de la aeronave mediante un pequeño volante de media circunferencia, al que se encontraba fuertemente aferrado con ambas manos.

FRANCISCO PONCE CARRASCO

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com

